

de su nacimiento, era introducir dos sombras funestas en los primeros pasos de la revolución.

XXI.

Poco seguro el conde de Artois del recibimiento que tendría en París había permanecido hasta entonces en Nancy. Mr. de Talleyrand, viendo que la indecisión calculada del gobierno provisional, no podía prolongarse, y que la opinión comenzaba á quejarse de que sacrificaba los intereses de la Francia á los del Senado, abandonó secretamente la causa de aquel cuerpo, y escribió por fin por medio de Mr. de Vitrolles al conde de Artois suplicándole fuese á encargarse del gobierno en calidad de lugarteniente de su hermano. Aquel príncipe se puso en marcha al momento: atravesó la Lorena y la Champaña entre el entusiasmo de las poblaciones que veían en él un libertador y á los gritos de paz y de abolición de la conscripción y de los impuestos. En el camino recibió el proyecto de constitución votado por el Senado como condición del reconocimiento de su poder, se desdeñó de contestar á aquella acta ó discutirla. Pensó y con razón, que la desacreditada voz del Senado, sería sofocada, á su entrada en París por las reclamaciones del pueblo que reconocería en él al heredero de un trono anterior.

Cuando llegó al palacio de Livry, á las puertas de París en casa del conde Carlos Damas, uno de sus oficiales, recibió la visita de Mr. de Choiseul Gouffier enviado por Mr. de Talleyrand. Este había encargado á Mr. de Choiseul una nota del gobierno provisional, en que le indicaba con que títulos sería investido del poder al entrar en el palacio de sus padres. «Las pretensiones del Senado, decía Mr. de Talleyrand, son inadmisibles: el hermano del rey y su representante, no puede divi-

dir la autoridad con una comisión del Senado. El ejercicio puro y simple de la autoridad de lugarteniente general es peligroso. El gobierno propone que el hermano del rey sea nombrado por un decreto del Senado, jefe del gobierno provisional.» El príncipe no se detuvo por aquel compromiso, no contestó. La impaciencia de París exaltada por los realistas, de que participaba el pueblo que no comprende nunca más que las ideas sencillas, le abrió las puertas á pesar del Senado y de los escrúpulos del gobierno provisional. La multitud se precipitaba hácia Livry para ver al príncipe. Mr. de Talleyrand, el gobierno, las autoridades, las corporaciones constituidas y los mariscales se dejaban guiar por uno de esos impulsos que ninguna política puede domar y contener. El presidente del gobierno provisional recibió al príncipe en la barrera de Bondy. Las palabras que se cruzaron entre Mr. de Talleyrand y el príncipe, fueron vagas como meras congratulaciones. Nada juzgaban acerca de las condiciones propuestas entre el príncipe y el pueblo bien fuesen desechadas ó aceptadas. El conde de Artois fué recibido en calidad de Borbon y conducido á las Tullerías como á casa de sus padres.

XXII.

La alta nobleza y los principales ciudadanos de París acudieron á caballo á la barrera, para acompañar al hermano del rey. Los Damas, Luxembourg, Crillon, Mortemart, Rohan, Montmorency confundidos con los generales y mariscales del Imperio, Ney, Marmont, Oudinot, Moncey, Kellermann Nansouty, precedían ó seguían al príncipe: unos, como el mismo conde de Artois, adornados con la escarapela blanca: otros llevaban todavía la tricolor con que habían combatido. La guardia nacional á caballo, que

acababa de formarse espontáneamente, se había adornado la vispera con aquel signo agradable á los Borbones. Blandía sus sables por encima de la multitud, á los gritos de ¡*Viva el rey!*... El conde de Artois era objeto de todas las miradas y de todos los entusiasmos. Aquel príncipe montaba con gracia un caballo magnífico. Conservaba á pesar de los años, y de las huellas de un largo destierro, esa serena hermosura de fisonomía, y esa dulce altivez de espresion, unida á la apariencia de vigorosa juventud, que hacian se le mirase como el ídolo de la corte, y el modelo esterior de la aristocracia. Tenia todos los dones que atraen las miradas, y que conmueven el corazón de la multitud. La restauracion de una familia real ausente no podia presentarse de un modo mas gracioso é imponente. El nombre de Borbon, la tristeza del destierro, la alegría de la vuelta, la sombra de Luis XVI su hermano, le rodeaban de un respeto, de un prestigio, de un enternecimiento de recuerdos, que hacian que todas las cabezas se inclinasen ante él. Sus amigos hacian circular entre la multitud, una palabra que no habia dicho, pero que habia sido admirablemente inventada para abrirle los corazones y prepararle los aplausos. «Vuelvo á ver á mi país, y soy feliz. Nada ha cambiado en Francia; no hay sino un francés mas.»

Por entre las oleadas del pueblo se dirigió hácia la catedral, para dar gracias al Dios de sus padres, antes de volver á pisar el umbral de su palacio. Todo París le acompañó hasta las Tullerías. En el momento en que echaba pie á tierra en el patio, se desarrolló en la parte mas elevada del edificio el pabellon blanco. El príncipe volvió á ver con un júbilo mezclado de lágrimas sus habitaciones y sus jardines, llenos á sus ojos de la grandeza de su raza, de las gracias de la reina, de las angustias, de la muerte y del cautiverio de Luis XVI, de los tumultos de la Convencion, y de los trofeos del Imperio. Al volver á entrar en la mansion paternal, la

hallaba vacia de todos los suyos, y llena de las dificultades, de los peligros y de las catástrofes del trono. Entre semejante vuelta y un eterno destierro, no se sabe que hubiera preferido el corazón de un hombre vulgar. El corazón del príncipe se distrajo bien pronto de la naturaleza, por las exigencias de los partidos, los cuidados del gobierno, y los opuestos consejos de la revolucion y de la contra-revolucion, como tambien por las perspectivas de la ambicion.

XXIII.

El emperador Alejandro, que hasta entonces habia habitado el palacio de Mr. de Talleyrand y pronunciado en última instancia las medidas del gobierno provisional, dejó al instante aquella residencia del gobierno, y fué á habitar, como simple general extranjero, el palacio del Eliseo. Fué á visitar al conde de Artois á las Talleyrías, donde ambos príncipes conversaron sin testigos. El emperador Alejandro, convencido ya por Mr. de Talleyrand y por los hombres del imperio, aconsejó al príncipe las transacciones constitucionales, únicas que podian hacer popular y durable la Restauracion. El Senado, vencido por la exaltacion popular, se presentó en palacio y reconocido el título de lugarteniente general del reino. El conde de Artois contestó con promesas vagas de Constitucion, pero sin comprometer formalmente á su hermano. El discurso que leyó á la diputacion del Senado, redactado por Foucher en casa de Mr. de Talleyrand, y exigido por el emperador Alejandro, encerraba el testo de todas las libertades y garantías nacionales, reivindicadas por el partido republicano que habia llegado á ser el partido liberal.

El mismo dia recibió á los miembros del Cuerpo le-

gislativo que se hallaban en París. El presidente de aquella asamblea Felix Faulcon, omitió en sus palabras al príncipe todo cuanto podía asemejarse á una intimación ó á una condicion de garantías constitucionales. El conde de Artois, frio con el Senado, fué cordial con el Cuerpo legislativo. Aparentó ver en los miembros de la representación nacional los verdaderos órganos del país.

XXIV.

Tres dias despues el conde de Artois compuso su gobierno, que era una prolongacion del provisional y tomó la forma de un gran Consejo de Estado reunido en rededor del príncipe para ayudarle con sus consejos y administrar en su nombre. Aquel consejo de Gobierno se componia de Mr. de Talleyrand, del mariscal Monecy, del mariscal Oudinot, del duque de Alberg, del conde de Jaucourt, del general Bernonville, del general Dessoles y del abate de Montesquion. El baron de Vitrolles, hasta entonces mediador oficioso entre el príncipe y los partidos dominantes en París, fué nombrado secretario del consejo con el titulo de secretario de Estado. Alojado en las Tullerías al lado del príncipe, verdadero ministro personal del conde de Artois en medio de aquellos ministros desconocidos ó sospechosos, Mr. de Vitrolles, útil al príncipe en el consejo, útil al consejo junto al príncipe, apoyándose en sus servicios prestados á la corona como agente activo de la Restauracion, y otras en sus antecedentes con Talleyrand y Foucher, desempeñó durante algunos dias el papel de un hombre necesario. Cuando pasados algunos meses de aquellos acontecimientos Mr. Vitrolles subió al poder, tranquilizaba al príncipe por su adhesion á los constitucionales, por sus relaciones secretas con ellos y á los realistas por su fervor. Hombre de ac-

cion mas bien que de reflexion, sin raices en ninguno de los partidos, obligado á adularlos á todos para que aceptasen su dominacion, Mr. de Vitrolles era un buen explotador de las emboscadas en que podia caer un príncipe nuevo al entrar en un mundo desconocido, pero era un mal consejero para trazarle una línea política en grande escala. Servidor mas que ministro, demasiado adicto para ser independiente, teniendo necesidad de todos sin poder dominar á nadie, hizo fluctuar á su amo durante algunas semanas, entre el imperialismo, el liberalismo y el absolutismo, y despues le arrastró despechado á esa oposicion sorda y á esas maniobras ocultas que falsearon la vida política del conde de Artois, embarazaron el reinado de su hermano y perturbaron fatalmente el suyo.

XXV.

El lugarteniente general del reino se apresuró á nombrar comisarios generales con encargo de que hiciesen reconocer en todas las provincias la autoridad del rey. Aquellos comisarios fueron elejidos en su mayoría entre los hombres de la familiaridad del príncipe: algunos de entre los mariscales y generales que primero se habian presentado al nuevo poder. En ninguna parte encontraron resistencia. La Francia entera recibió con el entusiasmo de la esperanza el regreso de los Borbones. Solo el ejército permaneció triste y silencioso, pero sus murmullos no estallaron jamás en sediciones. Pasó del emperador al rey con el decoro de sus pesares pero con la unanimidad y con la disciplina de su patriotismo. Conocia que la nacion habia pagado demasiado cara su gloria y que debía desaparecer para que se completase la paz. Las órdenes del gobierno le alejaron de los provincias ocupadas por

el extranjero y le confinaron momentáneamente detrás del Loira.

XXVI.

Diez dias despues de la salida de Napoleon de Fontainebleau, Mr. de Talleyrand concluyó con las potencias aliadas una suspension de hostilidades, por la cual quedaba enteramente desarmada la Francia. Concedíase á los aliados las plazas fuertes con cuantas armas, municiones y artillería contenian; era una capitulacion completa de un pais vencido. Sin prejuzgar nada sobre las condiciones ulteriores de la paz que debian ser ejecutadas, los soberanos prometian hacer que sus tropas evacuasen las fronteras de la Francia tales como existian en 1792, en cuanto las tropas francesas evacuasen las plazas y territorios que todavía ocupaban en Europa. Un murmullo general acoció aquella capitulacion de la Francia firmada por el conde de Artois, como primer acto de su advenimiento. De este modo, sus consejeros le hacian el ejecutor de los rigores de la invasion y de las humillaciones de la conquista. Sin duda, una nacion cuya capital estaba ocupada por doscientos mil hombres no podia discutir libremente las condiciones de su paz; pero podia no ratificarlas tan despojadoras é ignominiosas por la mano de su propio gobierno. El conde de Artois mejor aconsejado, no hubiera debido entrar en París sino para realzar á la Francia y no para firmar con el nombre de un Borbon, severidades, ruinas y desarmes, que eternamente le serian censurados. Creyóse ver en aquel acto al genio de Coblenta, dando la mano al extranjero y vendiendo la Francia para rescatar un trono: pero no era mas que lijereza é irreflexion. La nacion descontenta finjó ver en ello una complicidad. Aquel acto despolarizó en pocos dias al príncipe, á sus consejeros y á su gobierno. Vol-

viéronse las miradas hacia Luis XVIII. Se comprendió la prudencia de aquel príncipe que habia dejado hacer aquella necedad á su hermano, y que iba á entrar para protestar contra aquella precipitacion y debilidad. Mr. de Talleyrand podia dar otros consejos al príncipe, pero sobre todo necesitaba dar prendas. Sospechoso á los emigrados, y odioso á los obispos que rodeaban al conde de Artois, útil pero repugnante á aquella córte, era preciso comprar con amplias concesiones diplomáticas el apoyo de que tenia necesidad en el consejo de los soberanos extranjeros. Puede creerse que vendió el favor á la Europa que le hacia necesario en las Tullerías.

XXVII.

Su correspondencia con Hartwell se iba estrechando de dia en dia. Habia destruido en París las pretensiones del Senado: la opinion era contraria á aquel cuerpo. No era hombre para luchar infructuosamente contra la opinion: entonces preparaba el camino al rey y queria adquirir títulos á su reconocimiento. Las exigencias constitucionales se debilitaban diariamente. Habia servido con demasiada sutileza á la contra-revolucion y al despotismo de Napoleon, para que se hallase dispuesto á conceder prendas de libertad. Para él, la mejor constitucion seria la que le garantizase su ascendiente sobre los nuevos príncipes, su fortuna y su dignidad. Luis XVIII le habia conocido antes de la revolucion, le habia seguido con la vista durante el Directorio y el imperio. No temia en él un obstáculo, por el contrario veia un complaciente obligado de su gobierno. Sabia que las restauraciones necesitan de hombres flexibles mas que ninguna otra clase de revoluciones, porque conservando los principios, varian únicamente los instrumentos de reinado. La ver-

satilidad y la ingratitud son virtudes de circunstancias en los ministros que quieren pertenecer á dos reinados. Mr. de Talleyrand habia tomado osadamente su papel, y ninguno tenia mas habilidad, mas audacia é inflexibilidad para sostenerle. Pertenecia al antiguo régimen por su nacimiento, á la revolucion por su sacerdocio repudiado, al imperio, por sus dignidades, á la Europa por su defeccion al imperio, á la Restauracion por su complicidad en las maniobras que habian sublevado al Senado contra el emperador, y á todos los partidos por la facilidad con que se dejaba llevar del viento. Era el tipo de la veleidad, el modelo é instrumento de las inconstancias que un soberano restaurado debia pedir á los caracteres, á las leyes y á las costumbres de una revolucion sofocada. Así, pues, Luis XVIII acariciaba desde lejos á Mr. de Talleyrand. No le apreciaba ni le queria, pero le comprendia. Mr. de Talleyrand era á sus ojos una preciosa casualidad de las circunstancias, un resumen de todas las habilidades, para hacer pasar una nacion por matices graduados desde un principio á otro. Hombre predestinado por su naturaleza para encontrarse á tiempo en el zaguan de las Tullerías, para despedir á la dinastía caída y para introducir á la futura, antiguo con los antiguos, moderno con los modernos, prenda para los vencedores y cómplice para los vencedores, era el hombre de todos.

XXVIII.

Luis XVIII escuchaba de este modo, desde su retiro de Hartwell, todas las voces que le llegaban de Francia, unas invocando el principio de la soberanía del pueblo, otras pidiendo el establecimiento de las órdenes y estados generales, algunas la antigua constitucion, como si jamás hubiesen existido en Francia otras constituciones que las costumbres modificadas por el azar, y dadas por

el poder y por la voluntad del rey, y algunas otras, en fin, un despotismo franco, santificado por el derecho de nacimiento, por la tradicion y por la religion: todos, al menos en aquellos diversos pensamientos, reconocian la conveniencia ó la necesidad de los Borbones: «Y qué, decia entonces M.... que defendia entonces el derecho divino, á los que imponian condiciones para la vuelta del rey, ¿qué, vendreis con vuestro pedazo de papel en la mano á persuadirnos que el príncipe que llega no es nuestro rey?—Es preciso asegurar el porvenir, aseguraba Foucher, en un mensaje dirigido al conde de Artois. El cielo y la tierra resuenan con las aclamaciones, los trasportes de la alegría universal son la espresion de todas las almas. Es preciso garantías para todas las opiniones, para todos los intereses. Un legislador [de la antigüedad de los mas nombrados por su sabiduría, Solon, despues de largas agitaciones, que la ciudad de Minerva fuese purificada toda entera como un templo cuyos mármoles era necesario lavar; sacó en procesion las estatuas de los dioses por todas las calles y plazas; puso la reconciliacion y la paz pública bajo la garantía del cielo..... el reino seguirá el ejemplo de Carlos II, que despues de haber prometido el olvido á todos, no perdonó á nadie, mezcló el espectáculo de los cadalsos con el de los regocijos, y preparó una nueva destitucion á la familia de los Estuardos. Creo conocer el espíritu de la Francia, la Francia entera se halla dispuesta á agruparse en derredor del trono de los Borbones, si una constitucion real y nacional garantiza todos los derechos.» Los realistas puros, replicaban que la mejor constitucion era el alma de un buen rey.

XXIX.

El abate Montesquion, ministro confidencial de Luis XVIII, miembro del gobierno provisional, unido

con Mr. de Talleyrand por política, con los realistas por sentimiento, colocado en el centro de aquel tumulto de opiniones diversas, y que procuraba descubrir el espíritu general de la situación en medio de aquellos opuestos pareceres, escribía á Hartwell «mi opinion y la de Mr. de Talleyrand es que el rey al entrar en Francia publique simplemente un real decreto, en el que declare su soberanía, sin dejarse poner trabas por una constitucion, que despues el rey proclame y reconozca los derechos de la nacion, y la reunion de los cuerpos legislativos. El estado de la Hacienda me decide á ello.»

El conde de Artois, evidentemente embarazado con las concesiones que habia hecho por su precipitacion de entrar en Paris y gozar de las primicias del gobierno, no daba ni luces ni consejos al rey su hermano. Parecia que temia comprometerse con unos consejeros que habrian desagradado en Hartwell, ó que hubieran podido oponérsele mas tarde, cuando su carácter le condujese á resistir las concesiones. Se contentó con enviar al rey el conde de Brujas, uno de sus ayudantes de campo mas familiares, para invitar á su hermano á que fuese á ceñirse la corona. El conde de Brujas manifestó al rey el verdadero y secreto pensamiento del conde de Artois, que no era otro que el de los emigrados y el de los publicistas del antiguo régimen, que miraban todo reconocimiento de derechos de la nacion y de los actos revolucionarios como una abdicacion parcial y una degradacion anticipada de la dignidad real de derecho divino. El rey en el fondo propendia hácia este dogma, no por conviccion, sino por costumbre de nacimiento y por respeto á su raza; mas por política se inclinaba á una transaccion aparente entre los derechos del pueblo y el de su soberanía. Solo que queria que aquel reconocimiento fuese concedido por él y no arrancado por las circunstancias, y que el origen enteramente real y los términos soberanos de aquella transaccion entre el trono y el pueblo, fue-

sen tales que todo pareciese un don de la corona, y que ese don condicional pudiese ser suspendido ó retirado, si alguna vez la nacion pretendia ponerse al nivel del trono ó elevarse sobre él.

Mientras que el conde de Brujas llegaba á Hartwell para llevar al rey las inspiraciones absolutistas de su hermano, Pozzo di Borgo, ayudante de campo del emperador Alejandro, y amigo de Mr. de Talleyrand, le escribía allí en nombre de las potencias aliadas, para infundir en el ánimo de aquel príncipe las inspiraciones constitucionales que prevalecian en el consejo de los soberanos y de los diplomáticos en Paris. Luis XVIII tenia, pues, que decidirse en la tierra estrangera por uno de los dos grandes pensamientos que ya se combatian en Francia y que iban á disputar el triunfo durante todo su reinado. Prudente, reflexivo, negociador y contemporizador, como envejecido en las intrigas y vacilaciones de un largo destierro, aquel príncipe escuchaba, se inclinaba alternativamente hácia los dos partidos, daba esperanzas, meditaba palabras de oráculo, de sentido doble y profundo, pero no se decidía con irrevocable franqueza por ninguno de ellos. Su elevada razon le inclinaba á los acomodamientos con el tiempo y con la opinion pública: Mr. de Blacas y la duquesa de Angulema, el uno, espíritu retrasado y estrecho, y la otra princesa ulcerada y enérgica, le retenian en la supersticion de su soberanía absoluta.

Con estas disposiciones de ánimo, dejó, en fin, su mansion campestre de Hartwell, el 18 de abril, y atravesó por Lóndres para volver á entrar en su reino.

XXX.

La Inglaterra toda entera parecia mirar la restauracion de los Borbones, como un triunfo nacional largo

tiempo preparado, esperado por el pueblo de la Gran Bretaña. La nación inglesa conmovida á la voz de Burke y de sus oradores por la muerte trágica de Luis XVI, de la reina y de la familia real, testigo indignado y enternecido del suplicio de tantas víctimas sacrificadas por el terror, era constitucional por instinto y realista por compasion. La historia de la revolucion francesa, continuamente referida y comentada en Lóndres por los escritores realistas refugiados, habia llegado á ser allí una poesía de desgracia, de crimen, de trono y de cadalso. El hogar de los ingleses habia sido generoso, pródigo y hospitalario para la nobleza francesa emigrada y reconocida entonces. El gobierno inglés habia contemplado desde lejos los prodigios de intrepidez de los aventureros y de los héroes realistas de la Vendée, los habia socorrido con sus auxilios y sus escuadras, habia combatido en seguida diez años la usurpacion del continente por Napoleon en Portugal, España, Alemania y Sicilia: estaba envanecida por la libertad del mundo, llevada á cabo por la obstinacion de su política, de su tesoro y de sus ejércitos. La caida de Napoleon y su reemplazo en el trono de Francia por un hermano de Luis XVI parecian á los ingleses una de las mayores obras de su historia. Su corazon se exaltaba de júbilo y de orgullo, al ver á aquel sábio, por largo tiempo su huésped, y entonces rey, salir de su oscura morada de enmedio de su isla para ir á recibir de sus manos el trono de sus padres y volver á ocupar su lugar á la cabeza de las antiguas razas coronadas. La ciudad de Lóndres se habia adornado y se agrupaba por los caminos y calles que atravesaban Luis XVIII y la duquesa de Angulema, desde las puertas del jardin de Hartwell hasta el palacio del principe regente. La entrada del rey en Lóndres fué tan solemne y tan régia como en su propia capital. La embriaguez del pueblo fué aun mas completa, porque en ella no se mezclaba el sentimiento de la ocupacion del

pais por tropas extranjeras, ni los sordos presentimientos de la division de los partidos. El principe regente salió á recibir al rey de Francia á las puertas de Lóndres y al dia siguiente le acompañó hasta Douvres, para saludarle y despedirle como rey en su último paso por la playa inglesa.

«Suplico á vuestra alteza real, respondió el rey á las felicitaciones del principe regente, que os digneis admitir mis mas vivas y sinceras acciones de gracias por las felicitaciones que acaba de dirigirme: se las doy muy particulares por las continuas atenciones de que he sido objeto, tanto por parte de vuestra alteza real como por la de cada uno de los miembros de vuestra ilustre casa, á los consejos de vuestra alteza real, á ese glorioso pais y á la constancia de sus habitantes, atribuiré siempre despues de la Divina Providencia el restablecimiento de nuestra casa en el trono de nuestros antepasados, y ese feliz estado de cosas, que permite cicatrizar las llagas, calmar las pasiones y devolver la paz, el reposo y la felicidad de todos los pueblos.»

Estas palabras que el reconocimiento inspiraba al desterrado, pero que la dignidad de rey de Francia prohibia á sus labios, fueron mas tarde el remordimiento de su reinado y el testo de patriotismo contra su casa. La Francia no solo estaba en ellas olvidada, sino humillada.

XXXI.

Luis XVIII se embarcó en Douvres el 24 de abril en el navio *Real Soberano*, escoltado por la fragata *Jason*, entre las salvas de la artillería de la costa y de la escuadra, que saludaban desde el mar y desde la ribera, la partida de aquella dinastía desterrada, que iba á volver á encontrar una familia, un pueblo, y un trono. El estre-

cho estaba cubierto de barcas y buques empavesados, que acompañaban al navío que llevaba la antigua monarquía á Francia. La bandera blanca ondeaba en todos los mástiles, y los aplausos y hurras se renovaban á cada oleada. Una mar tranquila, un viento suave y un sol sereno favorecian aquella manifestacion del júbilo de dos pueblos impacientes por reanudar la paz, de que aquel rey parecia ser el símbolo. La dulzura que debia experimentar el alma del desterrado parecia haberse esparcido por la de toda la Inglaterra. Estaba envanecida de haber conservado y de restituir aquel soberano á su pais. En medio del canal, el navío que conducia al rey, pasó del acompañamiento naval de los ingleses, al de las barcas y buques franceses. Encontró á su patria que se avanzaba hácia él por medio de las olas, y entró triunfante en el puerto de Calais. Los cañones de la costa francesa, respondian desde la aurora á los de Douvres. Las dunas, los cabos, las lenguas de tierra que se internaban en el mar, las murallas y torres de Calais, estaban cubiertas de un inmenso pueblo, que aguarda al rey como su salvador y su esperanza. Ninguna division existia en aquel momento en los ánimos ni en los corazones. Los que no tenían recuerdos ni afecto á la antigua monarquía, la miraban sin repugnancia: un murmullo de alegría salia de entre aquella multitud que habia abandonado sus hogares. Hasta la tierra misma y las murallas, con el sonido de las campanas y el estruendo de los cañones parecia participar de aquella emocion de los hombres. Luis XVIII, enternecido hasta derramar lágrimas, y hábil en calcular sus sinceras espresiones, dirigia á las diputaciones y á los curiosos que rodeaban el buque palabras felices de esas en que el sentimiento brota de las circunstancias para volar de boca en boca. Se apoderaba de su nueva patria por la oportunidad de sus respuestas, y fijaba por decirlo así el entusiasmo, espresándole. La naturaleza parecia haberle formado para

semejantes momentos: era el genio natural de aquellas solemnidades.

XXXII.

De pie sobre la elevada proa del navío, apoyado en los fieles compañeros de su proscripcion, rodeado de la nueva Francia que habia salido á recibirle, alargaba los brazos hácia la ribera y luego los estrechaba contra su corazon, elevando sus miradas al cielo, como para abrazar á su patria. Tenia á su lado á la duquesa de Angulema, hija de Luis XVI, á quien la Francia debia en amor y compasion la sangre de su padre, de su madre y de su tia: el príncipe de Condé, el duque de Borbon, cuya fisionomía contristaba la sombra del duque de Enghien, su hijo y nieto, y convertia la vuelta en un visible duelo. El pueblo inmóvil de emocion respondia á cada gesto con aclamaciones y lágrimas. El rey, al poner el pie en tierra, quiso primero, siguiendo el antiguo uso, dar gracias al Dios de sus padres, para imprimir un carácter mas religioso al abrazo del pueblo y del soberano. Sentado en una carretela al lado de la duquesa de Angulema, atravesó por entre la multitud, que se inclinaba, para dirigirse á la iglesia de Calais. Hizo allí oracion en una piadosa actitud ante los altares de sus padres. El resto del dia se empleó en los recibimientos y ceremonias del regreso. Las poblaciones del Norte de la Francia, se apresuraron á enviar diputaciones á Calais. Aquel pais frio, reflexivo y sensible, habia conservado mejor que las regiones lijeras de la Francia, la memoria de la monarquía y la compasion á la familia real. El general Maison, que mandaba el ejército del Norte, soldado que se habia señalado en la última guerra por la energia y el patriotismo mas obstinados, habia acudido desde Lila con una parte de sus tropas, para ofrecer las primeras bayonetas

y los primeros homenajes del ejército. Al día siguiente escoltó al príncipe á su salida de Calais. El rey recibió á aquel representante del ejército francés y á sus soldados, como si hubiesen servido su propia causa, sirviendo la de la patria á las órdenes de otro jefe. Manifestó con los oficiales y la tropa la confianza que inspira la lealtad, y les dirigió palabras que borran todos los recuerdos menos el de la gloria. En todo el camino hasta Paris, en Boloña, Montreuil, Abbeville y Amiens, encontró el mismo pueblo, el mismo enternecimiento en los semblantes, el mismo anhelo en las poblaciones, y la misma unanimidad de esperanza. Conoció por el júbilo universal y espontáneo de su patria que era dueño de aquel pueblo, y que no se le vendería muy caro el trono en Paris. Era evidente para él y para todos, que si el país confiado y versátil hubiera estado solo al frente de su rey, este habría dictado arbitrariamente y sin obstáculos las condiciones del nuevo pacto entre el trono y el país: el emperador Alejandro, estipulaba por la libertad en aquel momento, mas que ella misma.

XXXIII.

Correos de Paris se unian al rey de hora en hora en el camino y le llevaban las noticias, las impresiones y las disposiciones públicas, por mensajes confidentiales del abate de Montesquion y de Mr. de Talleyrand. En cada parada parecian aflojar las exigencias de Mr. de Talleyrand, y sus consejos, en un principio rigurosamente constitucionales, llegaban á ser mas flexibles y acomodaticios. Sin embargo, todavia le invitaba á que no entrase en Paris sin haber publicado una proclama real, tranquilizando á la nacion por lo pasado, y de naturaleza que decidiese y fijase la opinion y el juramento del ejército.

El rey siguió aquellos consejos y determinó hacer alto en Compiègne antes de entrar en su capital, ya para dar tiempo á la reflexion, ya para combinar con Mr. de Talleyrand sus palabras y sus actos, y para dar, con la misma lentitud de su marcha, mas dignidad y solemnidad á su regreso, y aumentar la impaciencia de su capital con la aparente vacilacion de su ánimo. Tal vez tambien el hombre privado prevaleció en esto sobre el soberano, y aquel príncipe quiso fortalecer sus ojos y su corazon en la antigua mansion y seculares bosques de una posesion de sus abuelos, querida á su juventud, fijando algunos dias sus miradas en los árboles, las aguas y las torres, en donde habia pasado sus primeros años, antes de sumergirse en el palacio de las Tullerías, lleno de los cuidados del trono, de recuerdos, de lágrimas y de sangre.

XXXIV.

Los mariscales de Napoleon y sus confidentes mas intimos, se habian apresurado á adelantarse al rey en Compiègne, para asegurarse de las primeras miradas, y apoderarse los primeros del reinado. El mariscal Berthier, que durante doce años no habia dejado la tienda ó el gabinete del emperador; el mariscal Ney, su mas intrépido teniente en todos los campos de batalla, de quien el emperador habia dicho: «Tengo trescientos millones en oro en los sótanos de mi palacio, y los daría por rescatar la vida de semejante hombre» fueron los que mas presurosos se manifestaron en prestar homenaje á su sucesor. El mariscal Ney, á caballo con sus compañeros en derredor de la carroza real, y agitando su espada por encima de la cabeza, gritaba mostrando el príncipe á la multitud: «¡Viva el rey! ¡Mirad aqui, amigos mios, al verdadero, al legitimo rey de la Francia!...»

¡Esos guerreros tan intrépidos en el fuego, suelen mostrarse débiles de corazón en las mudanzas de las córtes! El pueblo se asombraba de tanta versatilidad en tanto heroísmo. Comenzaba á sospechar, lo que despues ha tenido tantas ocasiones de reconocer, que la costumbre de obedecer á todos los poderes no crea la constancia en el corazón de los hombres de guerra, y que las revoluciones que tienen que combatirlos la vispera, los encuentran al día siguiente sus mas complacientes servidores.

El rey aparentaba apreciar á aquellos inconstantes que no engañaban su sagacidad: cubria con decoro sus adulaciones para alentar á otros. Juzgaba del país por los representantes del ejército, pero se equivocaba. Los hombres del 18 brumario y del Imperio, habian perdido el derecho de comerciar con la libertad. Quedaban ciudadanos en las clases civiles y oscuras de la población.

El mariscal Berthier á título de gefe del estado mayor general, y de mas antiguo de los mariscales presentes dirigió un discurso al rey. Hubiérase creído oír la voz de la antigua monarquía rindiendo el homenaje de la inviolable fidelidad al heredero no interrumpido de la antigua raza: «Vuestros ejércitos, señor, le dijo, de que vuestros mariscales son el órgano en el día, se conceptúan dichosos en ofrecer su adhesion.» En seguida presentó todos los tenientes de Napoleon al rey, indicándole nombres que aquel príncipe habia oído repetir durante largo tiempo como los mas implacables apoyos de la causa enemiga.

El rey, preparado para aquel recibimiento, y que habia grabado en su memoria las principales acciones de guerra en que aquellos compañeros del emperador se habian hecho ilustres, dirigió á cada uno de ellos las palabras y recuerdos que mas debian lisongearles. Encadenó por el orgullo á los que solo exigian ser encadenados por el favor. Al fin de la audiencia fingió no poderse sostener por el peso de la edad y de los achaques. Su servi-

dumbre se adelantó para ayudarle, pero apartádoles el rey con un gesto, y asiéndose de los brazos de los mariscales con una afectacion de abandono y de confianza llena de astucia y de gracia: «Sobre vosotros, señores, les dijo sonriéndose, quiero apoyarme en adelante. Acercaos y rodeadme; habeis sido siempre buenos franceses; espero que la Francia ya no tendrá necesidad de vuestra espada; pero si alguna vez, lo que á Dios no plazca, nos vemos obligados á sacarla, aunque esté enfermo marcharé con vosotros.» Aquellas palabras y aquel gesto enternecieron hasta la embriaguez á unos hombres que no querian mas que ser conmovidos para justificar la prontitud de su interesada adhesion con la apariencia de un impulso del corazón.

XXXV.

Una diputacion del Cuerpo legislativo se habia anticipado al rey á Compiègne. El presidente y el orador de aquella diputacion era Mr. Bruys de Charly, diputado del Saona y Loira, hombre de una figura imponente, realista de corazón, de una adhesion razonada pero tradicional á la sangre de los Borbones y á los principios de la monarquía templada. «Si, dijo al rey, con una voz cuya fuerza y emocion enternecian: ¡ilegad, descendiente de tantos reyes! ¡Subid al trono en que nuestros padres colocaron á vuestros augustos antepasados, y que somos muy felices en veros ocupar hoy día! Todo cuanto habíamos esperado en vano lejos de vos nos lo trae vuestra magestad. Venís á enjugar todas las lágrimas y á cicatrizar todas las heridas.

«Os deberemos mas todavía; este regreso va á cimentar las bases de un gobierno sábio y prudentemente balanceado. Vuestra magestad no quiere entrar mas que en

el ejercicio de los derechos que bastan á la autoridad real. La ejecucion de la voluntad general confiada á vuestras manos paternas, no será por eso menos respetable y segura.»

El rey sabia, por su correspondencia y por los periódicos, que la nacion no veia en el Senado mas que el apoyo del despotismo repudiado del Imperio, y que favorecia mas á los miembros del Cuerpo legislativo, de donde habian salido las primeras voces de independencia. Tuvo la presencia de ánimo de apoyarse, desde las primeras palabras, en el Cuerpo legislativo contra el Senado ausente. Reconoció formalmente en su contestacion á los individuos del Cuerpo legislativo como los representantes de la nacion, y no temió comprometer su prerogativa, hablándoles de la union necesaria de su poder con los diputados del pais, para asegurar la fuerza de las leyes, y la felicidad pública.

XXXVI.

El efecto producido por aquella primera entrevista del soberano con los representantes del ejército y de la nacion, la emocion que lo apasionaba todo, la adulacion que todo lo encorbaba, y los consejos de los que le rodeaban, tanto antiguos como modernos, parecieron suficientes al rey, para arrostrar las exigencias de aquel Senado, medio sumiso y medio rebelde, que ni habia enviado mensage ni diputacion á su nuevo amo. Luis XVIII se decidió á tomar posesion de su trono, sin condiciones ni estipulaciones con aquel poder débil, exigente y aborrecido. El emperador Alejandro, acosado mas que nunca por los hombres de la corte imperial, dueños del Senado, y que querian conservar aquella prenda de seguridad y de influencia en el nuevo reinado, cedió á sus instan-

cias, y partió para Compiègne, para llevar por sí mismo á Luis XVIII, y apoyar con su crédito omnipotente, las pretensiones del Senado.

Luis XVIII vió llegar á Alejandro con disgusto. Sabia que la popularidad con que le habian embriagado en París los imperialistas, habia fascinado su juicio, y que tomaba en su capital la actitud de negociador imperioso entre la nacion y los Borbones. No ignoraba la repugnancia que el jóven emperador habia manifestado á su familia en los primeros dias de la Restauracion. Se acordaba que aquel soberano habia recordado con orgullo y hasta con ostentacion la amistad de Napoleon. En fin, esperaba pretensiones imperiosas, ó una proteccion humillante de Alejandro: su política y su orgullo estaban igualmente alarmados. Este era el motivo secreto de su fluctuacion en marchar á París despues de tantos dias de marcha y de su prolongada permanencia en Compiègne. Pero en el sentimiento de su dignidad y en el recuerdo de su sangre, encontró el penoso valor de resistir á un negociador coronado y de no complacer al que le devolvía un trono: desde el primer dia fué rey.

XXXVII.

Luis XVIII recibió con frialdad al czar. Despues de los primeros cumplimientos los dos soberanos se retiraron á lo interior del palacio y tuvieron á solas una larga y seria conferencia. Alejandro insistió en persuadir al rey que los derechos tradicionales de su sangre, y los misterios del derecho divino de las coronas estaban ya descubiertos y rechazados por la opinion: que convenia reinar en virtud de un nuevo título y de un llamamiento voluntario de la nacion, espresado por el Senado, en cambio de una constitucion aceptada de manos de aquel

poder del Estado: que la fecha del reinado de los Borbones debía rejuvenecerse y confundirse con la fecha de la caída del Imperio: que la necesidad y la prudencia imponían al rey el reconocer, á lo menos de hecho, la existencia de los gobiernos que habían regido la Francia ya hacia veinte y cinco años; y que si las familias reales tenían intrigas, las naciones no. En fin, aumentó desmesuradamente á los ojos del príncipe desterrado, la importancia de aquel pequeño grupo de hombres ambiciosos de que estaba rodeado en París, y que según él tenían la opinión y la corona en sus manos ofreciéndola en cambio de una constitucion dictada por ellos, y retirándola en cambio de una constitucion emanada del monarca. En una palabra, pareció poner el trono y la entrada en París á precio de las condescendencias que proponía al rey, justas unas, tímidas é impolíticas otras.

XXXVIII.

Luis XVIII le escuchaba con impaciencia, é interrumpía con libertad, y le contestó con imperturbable firmeza: «Estoy asombrado de tener que recordar á un emperador de Rusia, le dijo, que la corona no pertenece á los súbditos, ¿con qué título un Senado, instrumento y cómplice de todas las violencias y locuras de un usurpador, poblado de sus mas serviles y criminales hechuras, dispondria de la corona de Francia? ¿Acaso le pertenece? Y aun cuando efectivamente le perteneciese ¿la ofrecería libremente á un Borbon? ¿No hay en su seno hombres viciados en la revolucion de 1783, y manchados con la sangre de un Borbon decapitado? Soy demasiado ilustrado, para dar al derecho divino la significacion que las supersticiones religiosas y populares le atribuían en otro tiempo; pero ese derecho divino que ni para vos ni para

mi es mas que una ley del buen sentido pasado en política inmutable por la trasmision hereditaria del derecho de soberanía, ha llegado á ser tambien una ley de la nacion, violada por diez años y seguida por diez siglos. La muerte de mi hermano y de mi sobrino me han transmitido ese derecho; y en virtud de ese titulo estoy aquí y la Europa me está llamando, para restablecer en mí no un nombre, no una raza, sino un principio. Yo no tengo otros que presentar á la Francia ni los quiero tampoco. La aceptacion de otro título, haria desaparecer en mí este. Soy rey y entonces seria un mendigo del trono. ¿Y qué otro derecho tendria yo fuera del que la sangre ha hecho circular por mis venas? ¿Qué soy yo? un anciano enfermo, desgraciado, proscripto, reducido largo tiempo á pedir una patria y un pedazo de pan en tierras extranjeras; tal era yo hace pocos dias, pero este viejo, este proscripto era el rey de Francia, y he ahí por qué V. M. se halla aquí; he ahí porque una nacion entera que no me conoce mas que de nombre, me ha llamado al trono de mis padres. Acudo á su voz, pero vuelvo rey de Francia en donde todavía no soy mas que un proscripto.

«Vos mismo, añadió dirigiendo á Alejandro una mirada como de muda reprehension por lo inconducente de su demanda, ¿en virtud de qué título mandais á esos millones de hombres cuyos ejércitos habeis conducido para libertar mi trono y mi pais?» Alejandro conoció la fuerza de aquella interrogacion y se limitó á negar la omnipotencia de los hechos consumados y los consejos imperiosos de las circunstancias. Pero Luis XVIII no se rindió á aquellas razones que, según él, rompían el cetro en sus manos, y le dejaban á merced de un cuerpo que si hoy era obediente mañana podia ser sedicioso. «No, dijo, yo no mancillaré con una cobardía el nombre que llevo y los pocos dias que me restan que vivir; no compraré un favor movable de opinion á precio de un derecho sagrado mio, de mi casa y de mi principio. Sé que debo á vues-